

La vida es siempre más

Raquel Lanseros

Los poetas, los verdaderos poetas, surcan la vida a la velocidad de la luz. Los lectores que nos aproximamos por vez primera a la obra de un gran poeta viajamos en carro, arrieros somos en un mundo de velocidades con vocación de simultánea ubicuidad. Por eso los más grandes de los poetas se nos suelen aparecer tan cercanos y a la vez tan distantes. Rodolfo Hinostroza (Lima, 1941) publica ahora en España, su obra completa. Son tres libros: *Consejero del lobo* (1965), *Contra Natura* (1971) y *Memorial de Casa Grande* (2005), acompañados de algunos otros poemas. La edición está al cuidado de Fernando de Diego, trascendental filólogo y periodista quien, además, es el principal traductor de obras de literatura en español al idioma esperanto.

Hugo Friedrich proclamaba en 1956 la muerte del discurso lógico-sentimental para la poesía. La sustancia de su teoría hablaba de despersonalización, estética de lo disforme, metempsicosis en ruinas, vacuidad de lo ideal, descomposición y deformación, abstracción y arabesco, formas yuxtapuestas sin contenido lógico. Todas estas premisas, pero también las contrarias, se cumplen en este veterano poeta limeño. De hecho, la unidad de su obra no puede circunscribirse a una única estética definida por unos principios generados a raíz de una forma de expresión cerrada. La constante ruptura de los márgenes se convierte para Hinostroza en un principio creador.

El poeta mantiene con su propia cultura una relación dialéctica que no se circunscribe a un canon predeterminado y reductor.

Rodolfo Hinostroza: *Poesía completa*, Edición de Fernando de Diego. Visor. Madrid, 2008.

La producción artística del poeta peruano se organiza a través del cambio, la dispersión, la variación, la fragmentación, la sempiterna búsqueda y la investigación.

Así, en algunos de sus poemas, como salido canónicamente de las páginas de *Estructura de la Lírica Moderna* del mencionado Friedrich, Hinostroza prescinde de ser comprendido, absuelve a sus lectores de la culpa de entenderle, y se entrega a una orgía de la elipsis, al surrealismo y la expresión no verbal, gráfica –que nos recuerda a Apollinaire–, para lanzar su mensaje de indudable carácter poético, dada su condición misteriosa, con olor a profecía o sacra maldición inescrutable. Lejos de nosotros la osadía de vertebrar una exégesis de sus versos diamantinos, que resuenan en unas recepciones propias de otra dimensión que la nuestra.

Sin embargo, en otros muchos poemas, como en los de su *Memorial de Casa Grande*, muestra Rodolfo Hinostroza su voz más lírica, adentrada en una introspección personal que el autor oculta muy sabiamente tras la tercera persona. El poeta dialoga con el pasado asumiendo los registros más coloquiales. Hinostroza se reserva siempre la piedra angular, maestra de sus poemas. Como quien conoce tan de sobra los parámetros comunicativos que puede permitirse el lujo de jugar con ellos; el autor desgrana su verso en clave propia, y se erige en sumo sacerdote de su propio sancta sanctorum.

En su primer libro, *Consejero del lobo*, después de unos poemas de breve extensión y manifiesta voluntad elíptica, entra en el contenido cultural, o culturalista, que –con muchas variaciones– nunca abandonará. Pero Hinostroza funciona integrando dimensiones, no abandonando las anteriores. Canta a la Cultura, en todas sus formas, histórica, literaria, musical y lingüística, pero insiste en su expresión fragmentaria y de referencia oculta, en una suerte de gnosis personal, cercana a lo religioso y lo espiritual: «Razas catárticas, equivocadas/Sólo en el modo/De imponer las manos//;Y en los suburbios/las consignas corriendo/por callejones de hojalata!//Pueblo, yo/Cumplo con mi veneración/Hacia La Culpa. Por otra parte/Yo te absuelvo, Culpa».

Encuentra el símbolo gráfico, a la manera de Ezra Pound, en su segundo libro, *Contra Natura*, y compone sus poemas en cierta clave de caligrama, entre lo esotérico y lo sublime: «Never

ending/still beginning/fighting still and destroying/Le advertí y dije No es heroísmo/no amo a esa clase de héroes/1.83m 21 años sano creen los Hell's Angels». Un fragmentarismo estético ahuyenta atinadamente toda posibilidad de alusión real. El lector ha de esforzarse para acceder a la transformación lógica del mensaje, y viaja a través de bellas metáforas que, en lo sintético, recuerdan al mejor Lorca de Poeta en Nueva Cork.

No obstante, como ya habíamos aludido antes, es en su tercera entrega, tres décadas y media después –*Memorial de Casa Grande*–, cuando el poeta se acoge a la expresión lingüística pura, de verso largo y cadencioso, para memorar su linaje. Mas no por ello despide a su vieja compañera de la expresión elíptica, magistralmente anidada en su conciencia. Un sentimiento narrativo acompaña la secuencia versificada, aun dejando en blanco bastante parte del nudo argumental. Comunica la música y el tono, casi nunca la nostalgia del memorador: «Eso es la cosa general que no consuela/A esta mota de polvo que me mira/Con los ojos que tuvo hace mil años/Atrincherada en su genoma moche/Cuando la muerte se llevó su cuerpo/Pero no todo: sólo lo visible/La talla la osatura la apostura/Y ese tamaño se enroscó en el polvo/Como los caracoles en su trompo/Esperando confiado en su programa/Que un milagro lo devuelva a la vida».

El poeta, con una conciencia preclara de estirpe y de especie, es capaz de evocar a la vez los caminos de herradura y los del porvenir, ensamblando las generaciones en un único continuum espiral que a todos nos hilvana en el tiempo por igual. Esta última verdad, con todas sus resonancias, nos hace vibrar a todos los seres humanos, redimiendo a la existencia humana de la tentación nihilista: «La vida es siempre más: sus estrategias/Son más inteligentes que la muerte/«*Que con callado pie todo lo iguala*»» ©